

De vuelta al futuro

Hans Magnus Enzensberger, Ryszard Kapuscinski y Adam Krzeminski, director del semanario polaco


"Polytika", han mantenido recientemente una conversación en

Varsovia. Testigos apasionados de la historia contemporánea, son también polemistas de excepción. La conversación fluye con intensidad y rapidez mientras analizan las consecuencias de la caída del Muro de Berlín, toman el pulso a la nueva Europa y a las cuestiones pendientes y alertan de los peligros de la intolerancia y del nacionalismo.

Adam Krzeminski: Podríamos hablar primero de las esperanzas y temores que agitan esta parte del globo, después de las tensiones y procesos osmóticos que podemos apreciar, y finalmente del estado mental de los intelectuales que contemplan los febriles cambios que ocurren en el mundo que los rodea. Ustedes dos tienen fama de advertir las tendencias antes de que sean visibles en general. Hans Magnus Enzensberger "huyó" una vez a Cuba con el objeto de examinar de cerca el socialismo. Por su parte, Ryszard Kapuscinski ha sido activo cronista de las revoluciones del tercer mundo desde finales de los años 50 y salió de Honduras, pasando por Etiopía e Irán, para terminar siendo testigo del derrumbamiento del imperio soviético. Una breve pregunta para empezar: cuando miran ustedes hacia el futuro, ¿qué predomina, el temor o la esperanza? ¿Les seducen los nuevos comienzos que Hans Magnus Enzensberger describió en el prefacio de

la edición polaca de sus ensayos, o se sienten horrorizados por el inminente caos que Ryszard Kapuscinski descubrió en Rusia? *Hans Magnus Enzensberger:* Quizá podría comenzar diciendo que los europeos tenemos el don del masoquismo histórico; somos maestros de la autocrítica, del escepticismo y del pesimismo. Esa es también nuestra fuerza: lo hacemos mejor que los demás pueblos. La cara opuesta de la moneda es que, con nuestra panoplia de profecías apocalípticas, sentimientos de culpabilidad histórica y nervios débiles, nos imaginamos que hemos dejado de ser tan importantes como solíamos. No hay necesidad de insistir en la cuestión de que hubo tiempos en que Europa sobreestimó su posición en el mundo, cuando sucumbió a los engaños de su papel cristiano, misionero y civilizador e instaló la maquinaria entera del imperialismo. Hoy, por el contrario, la situación es la opuesta. No nos damos cuenta de que, nos guste o

Enzensberger: «Los europeos tenemos el don del masoquismo histórico; somos maestros de la autocrítica, del escepticismo y del pesimismo. Esa es también nuestra fuerza: lo hacemos mejor que los demás pueblos. La cara opuesta de la moneda es que, con nuestra panoplia de profecías apocalípticas, sentimientos de culpabilidad histórica y nervios débiles, nos imaginamos que hemos dejado de ser tan importantes como solíamos.»



no nos guste, los europeos tenemos aún una parte importante que representar. Y nos resulta difícil vivir de acuerdo con ella. Ello es sobre todo evidente en cuestiones de política exterior, pero es también un síntoma general.

Krzeminski: Sr. Kapuscinski, en algún momento mantuvo usted que Europa estaba muerta, que sólo el tercer mundo estaba vivo y que el "tercer mundo" estaba en todas partes, especialmente en el antiguo "segundo mundo" del Bloque Socialista. *Ryszard Kapuscinski:* Eso es lo que yo decía en los años 80, cuando no ocurrían muchas cosas en Europa. Es verdad

que durante decenios me entregué al tercer mundo porque estaba convencido de que allí era donde se desarrollaban los acontecimientos históricos auténticos. Lo que me cautivaba era el espectáculo de la historia en acción. Evitaba Europa porque había quedado petrificada por los acuerdos de Yalta y porque todo lo europeo se conocía de principio a final. Esta imagen quedó destrozada por los acontecimientos de 1989, que crearon una situación completamente nueva en Europa y se han combinado para iniciar un nuevo debate sobre su naturaleza fundamental. Este debate opera en dos niveles. Uno está determinado por la pregunta: ¿Cómo podemos definir a Europa y cuáles son sus fronteras? La otra pregunta se refiere al lugar que ocupa Europa dentro de la gran transformación que está ocurriendo en todo el mundo. Esta es la razón por la que Europa se hizo repentinamente interesante para mí.

Kapuscinski: «Los acontecimientos de 1989 crearon una situación completamente nueva en Europa y se han combinado para iniciar un nuevo debate sobre su naturaleza fundamental. Este debate opera en dos niveles. Uno está determinado por la pregunta: ¿Cómo podemos definir a Europa y cuáles son sus fronteras? La otra pregunta se refiere al lugar que ocupa Europa dentro de la gran transformación que está ocurriendo en todo el mundo.»



Portugal, Italia, Polonia y Hungría y, por supuesto, "Bohemia a orillas del mar". (Los estudiosos de Shakespeare discrepan respecto al significado de la referencia al barco que arriba "a los desiertos de Bohemia" ["Cuento de Invierno", III, 3]. Esto no es nada comparado con la consternación que en ocasiones ha provocado en Europa Central, donde se ha tomado como señal de la ignorancia de la región entre las naciones civilizadas desde aquellos tiempos a otros más recientes. Muy citada es la referencia del primer ministro Chamberlain en 1939, en el contexto de la aceptación en Munich del abandono de Checoslovaquia a los nazis, a "una disputa en un lejano país entre gentes de las que no sabemos nada"). Su punto de vista es que Europa se reanimará a partir de los márgenes. Han pasado unos pocos años desde entonces y ahora escribe usted: "Por amor de Dios, somos testigos de una gran oleada migratoria y nos hallamos ya en medio de una guerra civil global". ¿Representa

Krzeminski: Esto me lleva a hacerle una pregunta a Enzensberger. En los años 60 se fue usted a Cuba. En aquel momento las revoluciones del tercer mundo eran un tema fascinante para muchos intelectuales de izquierda y también una fuente de esperanza. Peter Weiss, con sus obras de teatro sobre Vietnam y Angola, es un ejemplo típico. En los años 80, volvió usted su atención hacia Europa. En su colección de ensayos "Europa, Europa", el centro — Alemania, Francia e Inglaterra— está ausente. En su lugar encontramos la periferia: Escandinavia, España y

todo ello una retirada desde la gran amplitud del mundo hacia Europa, una retirada hacia sus líneas internas de defensa?

Enzensberger: Si plantea usted así la pregunta me obliga a contestar de modo más personal de lo que me gustaría. Nuestro trabajo, el de Ryszard y el mío, es una lucha constante contra la ignorancia, no sólo la de otras personas, sino también la nuestra propia. Mi interés por el tercer mundo tuvo su origen en el hecho de que, sencillamente, no estaba presente en el panorama intelectual. Mi interés por los países comunistas se desarrolló porque la naturaleza del comunismo en la práctica no podía deducirse de los escritos de Marx y Engels. Eso me costó un año de estancia en Cuba, pero mereció la pena. Mientras me hallaba allí descubrí lo que estaba en

juego. No le sorprenderá que fuera allí y no a la República Democrática Alemana. En cuanto a mi proyecto europeo de los años 80, tuvo un propósito polémico. Iba apuntado al provincialismo de las metrópolis. Los franceses se imaginan que París es la única ciudad en la que merece pensarse, los ingleses opinan lo mismo de Londres, mientras los alemanes se ocupan generalmente en examinar sus propios ombligos. Mi intención era echar un vistazo sobre esa otra Europa de los márgenes, puesto que, en mi opinión, la ignorancia acerca de esta Europa es endémica. *Krzeminski:* Al mismo tiempo, oímos llamamientos en favor de una gran alianza del Hombre Blanco: Gore Vidal mantiene que los pueblos blancos se están convirtiendo en minoría, rica

minoría desde luego, y que los no blancos tendrían todas las razones para sentir poco entusiasmo por nuestros éxitos de los últimos quinientos años. Por esa razón propone, sólo parcialmente en broma, que deberíamos crear una alianza que se extendiera desde América del Norte a Rusia

e incluyera Europa. La alianza no se dirigiría desde luego contra todos los pueblos de color distinto, puesto que tal cosa sería suicida, sino que su objetivo sería la defensa de tradiciones y valores, así como de nuestras oportunidades económicas.

Kapuscinski: Llevo viviendo cierto tiempo en Berlín, y hago bastantes viajes por Europa Occidental. Visité Rusia y la antigua Unión Soviética muy recientemente para recopilar materiales para

mi libro sobre el imperio. Tengo que dar cuenta de que la idea básica de que hay dos "Europas" no sólo es válida aún, sino que se ha fortalecido desde 1989. Hay que explicar esto en virtud de la sensación general de desilusión. El año 1989 vio el nacimiento de muchas esperanzas ingenuas... a ambos lados del Telón de Acero. Ambos lados han descubierto ahora que aquello estaba muy falto de realismo. En Europa Oriental, la gente contaba con obtener cosas totalmente fundamentales sin retraso alguno: la recuperación económica y la libertad para viajar. Por causa del difundido escepticismo hacia la propaganda comunista, la gente se negaba también a creer su pretensión de que alguna clase de recesión era posible en Occidente. Al mismo tiempo, muchas personas se imaginaban —y yo lo he visto con

Kapuscinski: «El año 1989 vio el nacimiento de muchas esperanzas ingenuas... a ambos lados del Telón de Acero. Ambos lados han descubierto ahora que aquello estaba muy falto de realismo. En Europa Oriental, la gente contaba con obtener cosas totalmente fundamentales sin retraso alguno: la recuperación económica y la libertad para viajar.»



mis propios ojos en Lituania, Letonia y Estonia— que con sólo tener un nuevo estado les darían un nuevo pasaporte y podrían viajar por Occidente. Por su parte, Occidente hizo un cálculo muy erróneo con su teoría de que el comunismo era un sistema completamente artificial y que en cuanto se aboliera brotaría al instante la democracia.

Cerraron los ojos al hecho de que el sistema comunista contenía dos características que convenían con las sociedades orientales: el estado benéfico y el pleno empleo. Hoy, las relaciones entre Europa Oriental y Europa Occidental se encuentran, según mi opinión, en una profunda crisis. Las expectativas y el entusiasmo se han evaporado; lo que permanece son los malentendidos y la desconfianza mutua. Porque los acontecimientos han demostrado que esas dos Europas son completamente diferentes la una de la otra.

Enzensberger: Eso lo puedo aceptar, pero me gustaría desplazar ligeramente el enfoque. Este vasto psicodrama o sociodrama en el que estamos metidos nos parece carecer completamente de precedentes. Pero puede decirse con igual plausibilidad que durante los últimos cuarenta años hemos vivido encerrados en el capullo de un idilio doble: un idilio siniestro en el Este y un idilio más agradable en Occidente. Y podríamos considerar este período entero como una desviación de la norma histórica. "Y hacia el final, de paso, el estancamiento era la norma también en Occidente."

Krzeminski:

Brezhnevismo...

Enzensberger:

"L'occidentale". Si adoptamos esta opinión sobre la materia, podría decirse que en cierto sentido habíamos vuelto a

una normalidad que nunca hemos conocido porque hemos vivido en protectorados, y la esencia de un protectorado es que no tiene necesidad de asumir la responsabilidad de sí mismo. Es el protector quien asume la responsabilidad, a cierto precio, por supuesto. En este momento todos nos encontramos en una situación histórica en la que nos hemos convertido de nuevo en actores y tenemos que cargar con la responsabilidad y resolver nuestros problemas. Y para esto, nadie nos ha preparado. De ahí viene nuestra tendencia a pretender que somos más pequeños de lo que somos. Nadie ha llevado esto más allá que los alemanes, que dicen: "Somos tan insignificantes, tan pacíficos, tan inofensivos, que realmente no hay mucha cosa de la que seamos capaces."

Kapuscinski: Yo creo que todos, absolutamente todos y cada uno, la totalidad de Europa, ha adoptado una actitud de total impotencia. Ello se hace evidente en las reacciones ante Yugoslavia. Ninguno de nosotros sabe cómo reaccionar a los acontecimientos que se desarrollan ante nosotros en Yugoslavia, Rusia y el tercer mundo.

Tampoco debemos desatender el hecho de que el concepto de tercer mundo ha experimentado un cambio. Cuando surgió el término a finales de los años 50, se refería a los llamados continentes de color, el antiguo mundo colonial de Asia, África y América Latina. Ese concepto era racial, geográfico e histórico. Hoy, el tercer mundo es un concepto geográfico y cultural, un estado de subdesarrollo en economía y civilización. A la abolición del conflicto entre

Kapuscinski: «Hoy, las relaciones entre Europa Oriental y Europa Occidental se encuentran, según mi opinión, en una profunda crisis. Las expectativas y el entusiasmo se han evaporado; lo que permanece son los malentendidos y la desconfianza mutua. Porque los acontecimientos han demostrado que esas dos Europas son completamente diferentes la una de la otra.»



Este y Oeste, comunismo y democracia, ha seguido una nueva y mucho más sencilla división entre países desarrollados y subdesarrollados. Estos últimos son los que llamamos ahí el "tercer mundo". Pero entre los países subdesarrollados figuran países "blancos". De modo que la división actual no sigue líneas raciales, sino que se define en funciones de nivel de vida y sistemas políticos.

Enzensberger: Desgraciadamente, me vuelvo a encontrar de acuerdo con usted. Pero creo que debemos ir incluso más allá. Este llamado tercer mundo no sólo no es una unidad en términos socioeconómicos, sino que ni siquiera es un sujeto histórico. Las tesis de Mao acerca de la lucha de clases internacional mantenían una perspectiva revolucionaria: los pobres se organizan a fin de luchar contra los ricos. Pero nada de ese género es hoy visible. Por el contrario, las contradicciones dentro de las sociedades asiáticas son extremas y cuando miramos a algunas naciones subdesarrolladas nos sentimos tentados a hablar de regresión. Lo que encontramos es derrotados que disparan contra derrotados. El mejor instrumento de análisis sería hoy el mercado mundial, porque un mercado mundial plenamente desarrollado sólo ha llegado a existir desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Kapuscinski: Se me ocurre que no hay un solo conflicto en el mundo que se refiera a la lucha entre ricos y pobres. Hay disputas religiosas, étnicas y lingüísticas, pero ninguna entre ricos y pobres. La cosa es extraordinaria: todo el marxismo se basaba en la tesis de que existían tales conflictos, y ahora resulta que no existen tales conflictos de modo

Enzensberger: «Las contradicciones dentro de las sociedades asiáticas son extremas y cuando miramos a algunas naciones sub desarrolladas nos sentimos tentados a hablar de regresión. Lo que encontramos es derrotados que disparan contra derrotados.»

sistemático alguno. Y un segundo punto es que lo que tradicionalmente era el tercer mundo ahora contiene los "tigres económicos" de Asia, que tienen los índices de crecimiento más elevados del mundo. Esa es la razón de que necesitemos nuevos criterios para evaluar lo que está ocurriendo en esos países. *Krzeminski:* Quizá la irónica llamada a las armas de Gore Vidal refleja el temor de un americano a que los Estados Unidos estén dejando de ser "blancos".

Kapuscinski: Sin duda. En Estados Unidos, la población no blanca está creciendo con mucha mayor rapidez que la blanca, y muchos norteamericanos se preguntan sobre su propia identidad, porque tradicionalmente un norteamericano era un WASP. Actualmente muchos norteamericanos no saben hablar inglés, y nuestros biznietos podrán quizás ver el día en que Estados Unidos envíe un embajador a Berlín o Varsovia que no sea blanco y no sepa hablar inglés.

Enzensberger: Una reacción clásica a esta situación es el concepto de "Limes". (El "Limes" era la frontera fortificada del Imperio Romano. Un "Limes" atraviesa el centro de Alemania a lo largo del Rin y el Main hasta el Danubio. La muralla de Adriano es el otro). Esta analogía con el Imperio Romano no es mía, sino que procede de un francés, Jean-Christophe Rufin —miembro de "Médicos sin Fronteras"—, que ha dedicado a ella un libro entero. Lo que quiere decir con eso no es sólo la construcción de una fortaleza, sino también la noción de un "Limes" como lugar de intercambio, de comercio, de osmosis. Creo que ello es

inevitable, y es esencial reflexionar sobre las formas y modalidades de esta osmosis. El simple rechazo de "otros" lleva directamente a un aislamiento

autoimpuesto. Esta no es una opción realista.

Krzeminski: Quizá podríamos pasar durante un momento de América a Rusia. Desde Tocqueville se han hecho comparaciones entre las dos. *Enzensberger:* La única verdad en estas comparaciones es que

ambos son imperios y ambos muy grandes. Y el tamaño tiene consecuencias. Pero en su cultura política y en su nivel de vida Rusia y Estados Unidos no tienen nada en común. Además —y éste es el factor decisivo—, en Europa nunca hemos experimentado un temor justificable a Estados Unidos, mientras que hemos tenido buenas razones para temer a Rusia. Incluso hoy puede Rusia amenazar la vida de Europa. *Krzeminski:* Hay una similitud más. Como los rusos, los norteamericanos tienen medio de ser superados en número por las naciones del sur. En Rusia, el temor a los chinos o a los musulmanes es muy vivo. *Enzensberger:* Los rusos puede que no hayan advertido aún que perder un imperio y retirarse dentro de las propias fronteras puede tener también un efecto muy beneficioso. *Kapuscinski:* Eso es imposible por dos razones. Primera, Rusia nunca ha sido un estado homogéneo en lo étnico. Rusia era el Principado de Moscú, que luego se expandió mediante conquistas para convertirse en un imperio que era multinacional desde el arranque. La misma esencia de Rusia es que no tiene

Kapuscinski: «No hay un solo conflicto en el mundo que se refiera a la lucha entre ricos y pobres. Hay disputas religiosas, étnicas y lingüísticas, pero ninguna entre ricos y pobres. La cosa es extraordinaria: todo el marxismo se basaba en la tesis de que existían tales conflictos, y ahora resulta que no existen tales conflictos de modo sistemático alguno.»



fronteras. Cuando un ruso se encuentra en Tashkent, piensa que todavía está en Rusia.

Krzeminski: Los rusos dicen que la única frontera rusa segura es aquella en la que hay tropas rusas estacionadas a ambos lados.

Enzensberger: Quizá es hora ya de que los rusos descubran la Rusia propia.

Kapuscinski: Les voy a decir ahora mismo por qué no es posible eso. Las partes de Rusia en las que tradicionalmente se han

asentado los rusos son sólo una parte, la más pequeña, del imperio ruso. Y hoy, tras el derrumbe de la URSS, cuando podemos ver los esfuerzos que hacen para restablecer sus fronteras y reafirmar su condición de gran potencia, se hace cada vez más claro que Rusia sólo se puede definir en términos imperiales. Sencillamente, es que no hay otra definición de lo que significa ser ruso. Los rusos no se contemplan a sí mismos como los ciudadanos de un estado como Holanda, por ejemplo. La amplitud del espacio y la potencia del estado son parte de la naturaleza esencial de la rusianidad. Después de todo, docenas de generaciones de rusos han sacrificado sus vidas, su felicidad personal y su prosperidad para la construcción de este imperio.

Krzeminski: Es verdad, pero muchas otras naciones —los británicos, franceses, alemanes, incluso los polacos— han perdido su condición de grandes potencias en uno u otro momento, y han tenido que aprender a aceptarlo. Es un proceso penoso pero inevitable. ¿Por qué no pueden los rusos tener éxito y hacer lo mismo?

Kapuscinski: La diferencia fundamental es que todas las demás potencias coloniales construyeron sus imperios al otro lado de los

mares. Ulteriormente, sus colonias sencillamente quedaron borradas del mapa... se desvanecieron. La expansión de Rusia, por el contrario, se desarrolló en el continente. La metrópoli y las colonias estaban todas situadas dentro de las fronteras de un solo estado. Esta distinción es fundamental. *Enzensberger*: No lo voy a discutir. Sin embargo, no deberíamos perder de vista el hecho de que la retirada es también una opción histórica. *Kapuscinski*: Es cierto. *Enzensberger*: Nadie se retira jamás voluntariamente de un imperio. *Kapuscinski*: Pero es concebible como posible evolución.

Krzeminski: Hay un argumento a favor de ese desenlace optimista. Rusia no fue derrotada en los campos de batalla y no ha experimentado la humillación de una paz impuesta por otros. Eso es lo que les ocurrió a los alemanes en 1918. Creyeron que habían sido traicionados, no derrotados, y se les había obligado a aceptar el vergonzoso Tratado de Versalles. El Imperio Soviético se derrumbó sencillamente a efectos de su

propia incompetencia: no hay ejércitos extranjeros en Rusia, nadie le está dictando mandatos. Los rusos no pueden dar las gracias por el ignominioso fin de su imperio más que a sí mismos. En Ucrania conocí a rusos que decían: ya no quiero ser ruso, porque los rusos son ineptos, imperialistas y asesinos. Esas personas puede que sean excepciones, pero incluso así son sintomáticas. *Enzensberger*: Una consecuencia de todos esos desacuerdos es que los rusos estarán muy ocupados con los problemas internos de la antigua URSS durante muchísimo tiempo. Veo

en ello cierto elemento de seguridad para Europa Oriental. *Krzeminski*: Europa Central.

Enzensberger: Muy bien, Europa Central, aunque no estoy seguro de que los estados bálticos deban incluirse en Europa Central.

Krzeminski: En Vilna le dirán que están en el mismo centro de Europa. En Bohemia oírán usted que el centro se halla cerca de Praga. Cada desamparado quiere estar en el centro.

Enzensberger: ¿Podemos avanzar un poco más hacia el oeste, hacia nuestra parte del mundo? En mi opinión, es de importancia fundamental distinguir entre la Europa institucional, la Europa de Bruselas, la Europa estatista de los comisarios, por una parte, y la Europa real, por otra. Lo que hemos visto es una especie de secuestro del concepto de Europa, una usurpación. La Europa de Bruselas fue siempre un pequeño club del que se excluía a media Europa. Eso es muy distinto de la Europa real, que consiste en millones de relaciones económicas y personales, matrimonios mixtos, movimientos de personas, contactos y relaciones. Cada uno de

Kapuscinski: «Y hoy, tras el derrumbe de la URSS, cuando podemos ver los esfuerzos que hacen para restablecer sus fronteras y reafirmar su condición de gran potencia, se hace cada vez más claro que Rusia sólo se puede definir en términos imperiales. Sencillamente, es que no hay otra definición de lo que significa ser ruso.»

nosotros puede sacar una libreta de notas del bolsillo, y resultará que el 80 por ciento de las direcciones que contiene van a componer esta red europea. Eso es por lo menos tan importante como el Tratado de Maastricht.

Kapuscinski: Estoy completamente de acuerdo y lo único que desearía es que esa red se entrelazara cada vez más estrechamente. Sé que ése es su punto de vista, pero estoy inseguro de si lo comparten los responsables de los medios de información de los diversos países. A todos los efectos, los estereotipos tienen una vida muy larga. Cuando

llegué a Berlín Occidental hace unas pocas semanas recibí una carta de mi editor londinense que comenzaba con estas palabras:

"Querido Richard, bienvenido a Europa". Lo lamentable es que estos estereotipos son conservados por los medios. Un equipo de televisión de la BBC llegó a Polonia hace poco para hacer un documental sobre mí. Entonces viajamos a lo largo y ancho del país porque insistían en buscar una

casa campesina con tejado de paja. Les costó infinito encontrar una. *Enzensberger*: Los británicos, por supuesto, viven en una isla, pero el problema de los estereotipos está muy vivo. Y la impaciencia es la madre de nuestras desilusiones. La vida es corta y la historia dura siempre un poco más. El problema es también que las mentalidades tardan tanto en cambiar. Un ejemplo procede no de Inglaterra, sino de Berlín. El Senado de Berlín, evidentemente, no posee un mapa de Europa, porque los senadores persisten en su creencia en que Milán está más cerca de Berlín que Varsovia. Ni más ni menos, necesitan clases particulares de geografía.

Krzeminski: ¿Pero no estará usted haciéndose las cosas demasiado fáciles con su desagrado hacia Maastricht? *Kapuscinski*: Yo lo comparto.

Enzensberger: Maastricht está siendo socavado desde dentro. La ampliación de la Unión Europea significa ya una amenaza a su esencia. El sistema es francamente tan rígido que tiene que romperse desde el interior. Eso quiere decir que necesitamos darle una estructura mucho más flexible. La Unión Europea no se puede construir sobre el modelo del estado francés. Europa no se

Enzensberger: «Es de importancia fundamental distinguir entre la Europa institucional, la Europa de Bruselas, la Europa estatista de los comisarios, por una parte, y la Europa real, por otra. Lo que hemos visto es una especie de secuestro del concepto de Europa, una usurpación. La Europa de Bruselas fue siempre un pequeño club del que se excluía a media Europa.»



compone de "départements".

Krzeminski: Ni de "Lander" federales alemanes.

Enzensberger: Nadie sabe en qué concluirá el sistema. Pero una cosa es segura: que no puede seguir como es hoy. Eso está claro. Las naciones de Vise-grad (Hungria, Polonia y las Repúblicas Checa y Eslovaca) están llamando a la puerta. Una de las cosas que esto significa es el fin de la Política Agrícola Común como ha

operado hasta ahora; su filosofía debe cambiar. Y por encima de eso, toda la estructura política tiene que cambiar de dirección, más pronto o más tarde. En caso de duda, la realidad decide. El comunismo se derrumbó porque era demasiado inflexible y lo mismo se aplica a la Europa de Bruselas. Cuando pienso en Bruselas, se hace evidente su fatal similitud con el Polit-buró. Carece de parlamentarismo verdadero, de constitución real. A la larga dejará de funcionar.

Krzeminski: ¿Pero nos uniremos a ella o no?

Enzensberger: Por descontado. Escan-dinavia se unirá, ustedes y otros también...

Kapuscinski: No me había dado cuenta hasta hace dos meses de cuan exclusivo es el club de la Unión Europea. Fue cuando surgió la cuestión de admitir nuevos miembros. Las solicitudes que se consideraban se referían a países tan ricos y pocos poblados como Noruega, país que siempre ha sido parte de Occidente. ¿Dónde deja eso a una empobrecida Polonia con sus casi 40 millones de habitantes?

Enzensberger: ¿Por qué tiene que medirse a todos con la misma vara?. Es estúpido. Un organismo de esta clase debe ser muy flexible y acomodaticio.

Krzeminski: Parecen ustedes pensar en términos de una nueva versión del Sacro Romano Imperio. También era notablemente amorfo y flexible, hasta el punto de la parálisis completa. *Enzensberger:* Para su tiempo no era un sistema tan malo.

Krzeminski: Entonces traeré el ejemplo de la unión polaca con Lituania. Fue una comunidad con un monarca elegido y una estructura abierta. Duró varios siglos—desde 1386 a 1795— y su destrucción final se debió a ataques desde el exterior, y no a un derrumbamiento interno.

Enzensberger: Tenemos que abandonar toda idea del estado que se derive del absolutismo. Hegel no tiene hoy utilidad para nosotros. Hoy, en esa Europa de Bruselas, de lo que se habla es todo de dinero y negocios. Pero si es así, es consecuencia de la constitución no democrática de la Comunidad Europea. Si se niega representación adecuada a los pueblos, el hueco lo llenan los grupos de presión.

Krzeminski: Volvamos a la cuestión del "Limes". Si tenemos un Sacro Romano Imperio combinado con una comunidad —no una unión polaco-lituana, por supuesto, puesto que ello sería inaceptable para los lituanos, incluso si quisieran entrar en la UE—, ¿hasta dónde se extendería por Oriente? *Enzensberger:* No sería tan sacro como todo eso.

Kapuscinski: Las discusiones sobre las fronteras orientales de Europa pueden durar tiempo infinito.

Enzensberger: Todos sabemos, aunque puede que no sea políticamente correcto decirlo, que ni Rusia ni Turquía —en su forma actual— pueden esperar encontrar lugar en

la Comunidad Europea. Eso no es discriminación ni racismo, sino sólo un hecho.

Krzeminski: Zhirinovsky mantiene que Pakistán y Turquía caen dentro de la esfera de influencia rusa. A la objeción de que Turquía es miembro de la OTAN replicó que nadie pedirá a Turquía su opinión...

Enzensberger: No está todavía claro si Rusia no irá a encontrarse dentro de la esfera de influencia del Islam. *Kapuscinski:* El "Limes" normalmente trazado en Europa Oriental es la frontera entre los alfabetos latino y cirílico. Pero cuando se mira a la frontera de Europa desde el lado ruso se encuentran grandes diversidades de opinión entre los rusos acerca de si pertenecen a Europa. En el siglo XIX, ésta era la cuestión que dividía a los intelectuales rusos. La opinión de la mayoría era que Rusia estaba separada de Europa y que era de carácter eurasiático. Además, desde las invasiones mongolas del siglo XII, Europa Oriental ha vivido con el problema de las fronteras móviles. Los atlas históricos de esta región no son más que un gran embrollo.

Krzeminski: Aquí estamos patinando sobre hielo fino, porque la frontera entre los alfabetos latino y cirílico estaba lejos de ser estable. O iba por la frontera oriental de la comunidad polaco-lituana, es decir al este de Smolensk, o por la frontera de la Segunda Partición (que se consumó en 1793 por Prusia y Rusia. Polonia dejó de ser una entidad viable y se disolvió dos años después), que era más o menos idéntica a las establecidas en el Tratado de Riga de 1921. Hay también otros criterios. Se puede decir que Occidente se extendió tan lejos como el

Enzensberger: «Maastrich está siendo socavado desde dentro. La ampliación de la Unión Europea significa ya una amenaza a su esencia. El sistema es francamente tan rígido que tiene que romperse desde el interior. Eso quiere decir que necesitamos darle una estructura mucho más flexible. La Unión Europea no se puede construir sobre el modelo del estado francés. Europa no se compone de "départements".»



Renacimiento en el siglo XVI y las torres barrocas de las iglesias católicas. Pero quizás debamos abandonar ese tema y volvernos hacia los desacuerdos polaco-germanos.

Kapuscinski: Ese no es un tema sobre el que yo tenga mucho que decir. Sólo he pasado poco tiempo en Berlín, pero no me han hecho sentirme extranjero. Los alemanes, he descubierto, son muy acogedores. Leve detalle, es el único país de Europa Occidental en el que la gente pronuncia correctamente mi nombre. Pero, incluso para una persona tan ignorante de las cuestiones alemanas como yo, es evidente que los alemanes occidentales y los orientales tienen sociedades completamente diferentes. Y el interés por Polonia, por ejemplo, era mayor en el este que en el oeste. Cuando recibí el Premio del Libro de Leipzig, se produjeron más invitaciones del este que del oeste. Quizá sea herencia del común pasado comunista una mayor comprensión de los problemas polacos... *Krzeminski:* Como quiera que sea, el pasado comunista despierta emociones mucho más fuertes en la antigua RDA que entre nosotros. La gente habla continuamente de su propio pasado, mantienen discusiones profundas y apasionadas. Y debo decir que eso me gusta. *Kapuscinski:* Cuando doy conferencias públicas, los alemanes orientales hacen preguntas sobre las responsabilidades de escritores e intelectuales y los occidentales hacen preguntas sobre técnica. A veces tengo la impresión de que los alemanes orientales y los occidentales tienen mentalidades muy diferentes. Cuando estoy en la antigua RDA, me encuentro normalmente en una

Kapuscinski: «No me había dado cuenta hasta hace dos meses de cuan exclusivo es el club de la Unión Europea. Fue cuando surgió la cuestión de admitir nuevos miembros. Las solicitudes que se consideraban se referían a países tan ricos y poco poblados como Noruega, país que siempre ha sido parte de Occidente. ¿Dónde deja eso a una empobrecida Polonia con sus casi 40 millones de habitantes?»»



sociedad exclusivamente estealemana, incluso entre artistas y periodistas. Justamente como si no hubiera osmosis, ni deseo de contactos, a pesar de la unificación. Una vez que estaba a punto de dar una conferencia en el Teatro Brecht, mis relaciones alemanas dijeron abiertamente que lo sentían pero que no podían ir allí. Los alemanes parecen tener un enorme problema de identidad. Por otra parte, lo que me gusta muchísimo tanto de los alemanes occidentales como de los orientales es su constante reflexión sobre sí mismos. Los alemanes están metidos en un debate perpetuo sobre el pasado y el futuro, su cultura y su situación actual, y todos ellos se esfuerzan por llegar al fondo de las cosas. También me agrada el respeto que sienten por sus regiones, por sus diferencias culturales internas. En muchos países, cuando la gente habla un dialecto, intentan ocultarlo, porque no es chic proceder de las provincias. Por el contrario, los alemanes derivan de ello una satisfacción interna. *Krzeminski:* Dados estos antecedentes, ¿cómo ve usted las relaciones germano-polacas? No como periodistas, sino como un ser humano que regresa, como si dijéramos, del extranjero a nuestras partes europeas. *Kapuscinski:* Mi impresión es que los polacos dividimos normalmente nuestra atención entre nuestros dos poderosos vecinos y los tratamos por separado. Una parte de la "intelligentsia" polaca se ocupa de Rusia mientras que otros están más interesados en Alemania. Sólo hace poco he llegado a darme cuenta de que el

problema polaco es la necesidad de afirmarse simultáneamente entre Alemania y Rusia. La identidad polaca y el lugar de Polonia en Europa sólo pueden surgir de la síntesis de esas dos relaciones. Cuando sigo esta línea de pensamiento, me parece que la situación que se creó en 1989 enfrenta a Polonia con un enorme problema. Nos encontramos situados entre dos poderosos estados y grandes naciones con sus propias tradiciones políticas y su importancia propia en los asuntos mundiales. Tanto Alemania como Rusia se encuentran en un proceso de transformación. Alemania, a través de la reunificación, Rusia merced al

derrumbe de su imperio. De modo que vemos aquí dos poderosas máquinas en movimiento. Si nos permitimos perder esto de vista y no conseguimos descubrir nuestro lugar propio entre ellas, pasaremos tiempos muy difíciles. Esto enfrenta a Polonia con un gran problema, que requiere una seria reflexión sobre nuestro lugar en Europa.

Enzensberger: No quiero comentar lo que Kapuscinski ha dicho de Alemania, aunque considero interesantes sus opiniones. Por supuesto, tiene toda la razón al subrayar

el papel del federalismo en Alemania. También es verdad que los alemanes están profundamente divididos en su mente, y obsesionados consigo mismos. Sobre la cuestión de las relaciones germano-polacas, sin embargo, tengo una impresión ligeramente distinta. Lo que recuerdo es que las relaciones entre Polonia y la RDA fueron siempre muy tensas. La RDA asumió una posición muy negativa con respecto al movimiento Solidaridad y Polonia

en general, y una gran parte de la población de la RDA apoyaba esta política. No querían que se permitiera la entrada de gran número de polacos en Alemania; eso provocó irritaciones. En Alemania Occidental, por su parte, el gobierno y una parte de los intelectuales de izquierda habían cometido la equivocación de coquetear con los dirigentes comunistas al mismo tiempo que ignoraban el verdadero movimiento social. Sin embargo, la sociedad oestealemana, en su conjunto, tenía simpatía real por los polacos. Mi creencia es que a los estealemanes les

resulta muy difícil identificarse con los polacos o los checos, porque con sólo compararse con ellos, su desencanto con las consecuencias de la reunificación no sería tan grande. Después de todo, su situación es mucho mejor objetivamente. De paso, la idea de amistad entre las naciones siempre suena un poco retórica. Esto vale también para las relaciones franco-germanas, aunque éstas se hayan transformado durante los últimos cuarenta años. Ahora nos

encontramos con el mismo problema en cuanto a las relaciones entre Polonia y Alemania. Es un problema que aún no se ha resuelto. No soy admirador de Helmut Kohl, pero hay que admitir que ha captado la esencia de la cuestión mejor que muchos otros políticos alemanes. Sin embargo, queda mucho por hacer y creo que los alemanes tienen todavía una deuda que pagar. Hasta ahora, los alemanes no han cumplido sus obligaciones históricas hacia Polonia. Es posible que también del

Krzeminski: «Los alemanes parecen tener un enorme problema de identidad. Por otra parte, lo que me gusta muchísimo tanto de los alemanes occidentales como de los orientales es su constante reflexión sobre sí mismos. Los alemanes están metidos en un debate perpetuo sobre el pasado y el futuro, su cultura y su situación actual, y todos ellos se esfuerzan por llegar al fondo de las cosas.»



lado polaco haya un déficit, pero ésa no es cuestión mía. En todo caso, debemos poner fin a los bloqueos.

Kapuscinski: Según mi opinión, uno de los mayores problemas de la nueva Europa reside en el inadecuado compromiso de los intelectuales, de los responsables de los medios informativos, de los for- madores de opinión. Lo veo en todas partes: entre los polacos, los alemanes y los franceses. Necesitamos trabajar mucho más arduamente para unir a los pueblos, más iniciativas, más buena voluntad. Porque el hecho es que todos hablamos sin prestarnos atención mutua. Lo que se necesita es una masa total de iniciativas, muchas de ellas en escala realmente pequeña.

Tiene usted toda la razón: la amistad entre las naciones es retórica rimbombante, mientras que los contactos entre los pueblos tienen un valor duradero. *Krzeminski:* Mientras tanto, a ojos de los alemanes, los polacos están en la parte más baja de la escala de simpatías, y en cuanto a la deuda de la que ha hablado Enzensberger, se oye con frecuencia decir: "Muy bien; organizamos una buena en su país durante la guerra, pero luego ustedes nos quitaron Po-merania, Silesia y Prusia Oriental, de modo que estamos en

paz." *Enzensberger:* Esa tesis no sólo es moralmente dudosa, sino también improductiva. No lleva a ninguna parte. *Krzeminski:* ¿Cómo lo va a hacer, cuando muchos alemanes cierran los ojos a los procesos reales que se desarrollan en Polonia y que realmente nos acercan mutuamente? El desplazamiento hacia el oeste de Polonia en 1945 ha cambiado toda nuestra geografía, y con ella todo nuestro entorno, la composición social y étnica de la

nación... e incluso nuestro modelo de cultura. El hecho de que desde 1945 una tercera parte de la población de Polonia haya concebido a sus hijos en camas que habían sido alemanas ha dejado su marca en esos hijos. Sin duda, nuestra mentalidad no se ha hecho más "alemana", pero se ha hecho indudablemente más "bohemia". Hemos dejado de fomentar levantamientos aristocráticos o revueltas campesinas. En lugar de ello, estamos creando una clase media, entramos en el comercio y hemos sido testigos de nuestros primeros éxitos económicos...

Enzensberger: Y han dejado ustedes de ser una nación heroica, afortunadamente. ¿Pero qué conocemos los alemanes de Polonia? Todavía se puede oír el peyorativo término "Polack". Es una ilusión imaginarse que los estereotipos antipolacos se van a desvanecer por las buenas. Pero quizá se debiliten por el constante proceso de intercambio entre nuestros dos pueblos. No por intervenciones gubernamentales, sino simplemente "par la forcé des dioses". Tan pronto como la economía de Alemania Oriental comience a funcionar y los polacos se pongan en pie, nos asentaremos y nos haremos buenos vecinos. La

fuerza impulsora es nuestra dependencia mutua, una densa red de relaciones normales. Esa misma era la situación con Francia.

Krzeminski: Sin embargo, me gustaría preguntarle si la pérdida de Pomerania y Silesia no tiene algún significado especial para ustedes.

Enzensberger: Tengo que hacer una declaración personal. Como alemán meridional, siempre he sentido muy lejano a Berlín, y mis satisfacciones políticas nunca han

Kapuscinski: «Según mi opinión, uno de los mayores problemas de la nueva Europa reside en el inadecuado compromiso de los intelectuales, de los responsables de los medios informativos, de los formadores de opinión. Lo veo en todas partes: entre los polacos, los alemanes y los franceses. Necesitamos trabajar mucho más arduamente para unir a los pueblos, más iniciativas, más buena voluntad.»



estado ligadas a Berlín e incluso menos a Königsberg. Alemania nunca ha sido un país homogéneo. Eso se remonta a los tiempos romanos y al "Limes". Después de todo, el primer muro que dividió a Alemania se construyó hace casi dos mil años. No fue hasta hace mucho más cuando las tierras situadas al este del Elba fueron colonizadas por los alemanes. En Polonia, este episodio de la historia es conocido, en Alemania menos. No me gustaría decir que al pasar de Alemania Occidental a la Oriental hay un descenso en la civilización, pero siempre ha habido una diferencia. Por esta razón, nunca tuve un afecto especial hacia las que eran las provincias orientales de Alemania. Por el contrario, ahora hay interesantes matices en la frontera actual entre Alemania Occidental y la antigua RDA. A los oostalemanes les es más fácil aceptar a los sajones y a los turingios que a los prusianos...

Kapuscinski: También lo he advertido yo cuando viajé por Alemania. *Enzensberger:* De modo que no fue muy difícil para mí, personalmente, desprenderme de los antiguos territorios orientales. Además, creo que tampoco es gran problema para muchos de los que fueron expulsados de ellos. Entre los que conozco, nadie prevé volver allá. Visitan su antigua ciudad natal y resulta que sus antiguas villas no eran más que barracas pequeñas y sus posesiones no eran con frecuencia más que huertas de verduras. Fue en el Oeste donde adquirieron riqueza verdadera.

Kapuscinski: Esa es exactamente la situación con respecto a mi ciudad natal de Pinsk, que estaba en Polonia y que ahora forma parte de Bielorrusia. Cuando paseo hoy en torno

a Vilna o Lvov, descubro para mi sorpresa que éstas son las ciudades más polacas imaginables: no Varsovia, que tiene muchas de las características de una sede gubernamental rusa de comienzos de siglo, sino Vilna y Lvov. Se puede distinguir por el estilo de la arquitectura. Pero con la marcha de los polacos, esas ciudades se han hecho completamente diferentes. Desde luego, hay muchos antiguos habitantes de Vilna o Lvov que coleccionan viejos álbumes de fotografías de sus ciudades natales. Y eso irrita a los ucranianos y lituanos. Pero nadie piensa en devolvérselas. No existe ese problema. *Krzemiski:* ¿Y qué acontecimientos de sus países les dan motivo de alarma?

Kapuscinski: Lo que temo es la marginalización de Polonia, una provincialización, el riesgo de que dejemos pasar la oportunidad creada por 1989. El ritmo de cambio es tan rápido hoy, que nos echarán a un lado si no conseguimos vincularnos a Europa, cosa que sería sumamente peligrosa en nuestra posición geográfica. Creo que es muy peligroso que haya gente en Polonia que no haya

captado plenamente el hecho de que nos hallamos en medio de un avasallador período de cambio. Tendemos a sumergirnos en nuestros asuntos propios, sin darnos cuenta de que más allá de nuestras fronteras son realmente de muy poca importancia. No preveo ningún gran caos, una guerra civil o un brote de terrorismo, aunque sólo sea porque entre los polacos la agresión es verbal en el peor de los casos. Por otra parte, no aliento el temor de que vayamos a resultar incapaces de crear una

Enzensberger: «No me gustaría decir que al pasar de Alemania Occidental a la Oriental hay un descenso en la civilización, pero siempre ha habido una diferencia. Por esta razón, nunca tuve un afecto especial hacia las que eran las provincias orientales de Alemania. Por el contrario, ahora hay interesantes matices en la frontera actual entre Alemania Occidental y la antigua RDA.»



economía eficaz y un sistema administrativo que funcione adecuadamente.

Enzensberger: Discrepo de muchos observadores de Alemania porque no considero los problemas de la República Federal como específicamente alemanes. Los alemanes tienen tendencia al autoexamen. Creen que el desempleo es un problema exclusivamente alemán, que la sociedad multicultural, la

competición con Japón y demás son todos problemas específicos de Alemania. En mi opinión, es evidente que esos problemas son igual de reales en Francia, Italia, Inglaterra o Suecia. Por supuesto, a la luz de la historia alemana, muchos fenómenos producen efectos colaterales mayores. Pero no es preciso predecir una reviviscencia del nazismo cada vez que es atacado un extranjero. Los "skinheads" de Gran Bretaña son exactamente tan violentos como los de Alemania. Actualmente no quedan tantos problemas capaces de resolución a un nivel nacional. Los problemas ecológicos son un ejemplo evidente. Y ello nos devuelve a la dimensión europea.

Kapuscinski: Creo que ha sacado usted a colación un tema extraordinariamente importante. El hábito alemán de concentrarse en sus problemas propios es muy típico del mundo postmodernista de hoy, con su tendencia general a que la gente se escinda. Cuando se viaja por el mundo, pronto se ve lo endeble que son aún las estructuras globales. En ese sentido, la situación interna de Alemania se corresponde con la mentalidad actual de atomización y autoaislamiento. *Krzeminski:* A menudo se sostiene que estamos en medio de un renacimiento del nacionalismo europeo. Lo

Kapuscinski: «Lo que temo es la mar finalización de Polonia, una provincialización, el riesgo de que dejemos pasar la oportunidad creada por 1989. El ritmo de cambio es tan rápido hoy, que nos echarán a un lado si no conseguimos vincularnos a Europa, cosa que sería sumamente peligrosa en nuestra posición geográfica.»



habitual es señalar a Yugoslavia, a los intereses nacionales de los estados de Europa Occidental, a los conflictos de la antigua URSS... y esto evoca la pesadilla de guerras étnicas de todos contra todos. Es decir, exactamente lo contrario de cualquier solución global de los conflictos. ¿Es éste el último arrebato del siglo diecinueve o está la historia enzarzándose

otra vez en nuevas catástrofes nacionalistas?

Enzensberger: No creo ni por un momento en esa supuesta explosión de nacionalismo. El nacionalismo del siglo XIX surgió de la necesidad de construir naciones modernas, y, junto a todas las desagradables cualidades xenofóbicas, tenía un aspecto constructivo. Esa es la época a la que debemos nuestros sistemas y constituciones democráticos. Por el contrario, el neonacionalismo contemporáneo no tiene aspecto constructivo alguno. Es un cto reflejo desesperado y destructivo. Es el intento de conservar características específicas que en su mayor parte son totalmente imaginarias. Según me parece, esto tiene que ver más con malas tradiciones folklóricas que con cuestiones de sustancia. El nacionalismo en nuestros días no es más que violencia con ropaje histórico, y la violencia puede, por supuesto, adoptar otros ropajes; religiosos, raciales o subculturales. Esas cosas son intercambiables. No creo en la estabilidad de este nacionalismo. *Kapuscinski:* Eso me recuerda a la ocurrenente definición según la cual el nacionalismo es la ideología de los que no tienen nada que decir. *Krzeminski:* Pero al final nadie desea realmente renunciar a símbolos por los que han luchado

generaciones: banderas, himnos, monedas, pasaportes. ¿No es todo eso más que ropaje histórico?.

Enzensberger: Por supuesto, es algo más también. Estaría de acuerdo en que no se puede compensar simplemente por cosas que no han surgido históricamente. Por ejemplo, no es posible construir en Mauritania una nación siguiendo las líneas de Inglaterra o Polonia. Una cosa es una realidad, la otra una ficción.

Krzeminski: Al mismo tiempo tengo a veces la impresión de que en este aspecto los alemanes y los polacos están evolucionando en direcciones diferentes. No hace tanto tiempo, muchos alemanes envidiaban a los polacos su sentido de la propia historia nacional. Hoy ocurre al revés. Los polacos han satisfecho sus necesidades nacionales y han abierto la puerta al mundo exterior, mientras que los alemanes, unidos, están descubriendo sus raíces y se han vuelto hacia sí mismos. Ya no está tan de moda decir que en primer lugar uno es europeo y sólo después alemán. Hoy, las exposiciones sobre los emperadores de la casa de Hohenstaufen o los reyes de la dinastía Wittelsbach atraen millares de visitantes.

Enzensberger: No estoy tan seguro de eso. Para el alemán, la historia era una triste cosa. Si uno tenía diecisiete años y volvía de la guerra, la historia era una historia de horror. Frente a esto, los visitantes de las exposiciones de los Staufer y los Wittelsbach han hecho el emocionante y nostálgico descubrimiento de que la historia no ha sido siempre una atrocidad. Esta es la razón de que la gente invierta tanto tiempo y esfuerzo en la cuidadosa restauración de las casas antiguas.

Enzensberger: «Como la izquierda de muchos países, la izquierda alemana se halla en un estado de gran confusión y desorden. Otro factor es la existencia de los que podrían llamarse medios del ala izquierda, personas que jamás han sido militantes y que se limitaron a ir a remolque en 1968. En el clima de los años 80, se imaginaron que habían adquirido el monopolio de las ideas correctas.»



Krzeminski: Nosotros vimos lo mismo en Varsovia, Wrociaw y Gdansk después de la guerra.

Enzensberger: Esa fue la mayor falsificación de la historia del mundo, una falsificación heroica que admiro.

Kapuscinski: Creo que no podemos generalizar acerca de estas recaídas en los sentimientos nacionalistas. Todavía me siento muy impresionado por una historia que me contó un anciano alemán de Berlín Oriental que se había aventurado a pene-

trar en el cubil de un grupo de neonazis. Este hombre culto me dijo lo disgustado que se sintió al encontrarse con unos jóvenes que no tenían conciencia histórica de ninguna clase. Se sorprendían de las preguntas que les hacía. Por ello pienso que la vuelta a la historia de la que habla Krzeminski sólo se aplica a grupos muy pequeños de personas. *Enzensberger:* Existen cosas como el descubrimiento de la historia local, la nostalgia por los muebles antiguos y el intento de escribir la propia historia personal.

Kapuscinski: Para mí, eso es lo que resulta tan fascinante en los alemanes. Dedicar tanta energía a las fiestas, bailes e historia regionales, y sus ciudades pequeñas tienen tanto pintoresquismo...

Enzensberger: Esta es una reacción a la oleada anterior de modernización implacable. Todo lo que las excavadoras perdonaron en los años 50 y 60 se tiene hoy en gran estima.

Krzeminski: Para terminar, me gustaría hacerles una pregunta más personal a ustedes dos. En Alemania hay un sector de los medios de opinión que reacciona con mucha suspicacia a todos los

temas que han mencionado ustedes: Europa, el "Limes", la crítica de Maastricht, etc. Todo ello se interpreta como un movimiento hacia la derecha. Usted, Sr. Enzensberger, fue en tiempos un re-presentante de la "izquierda sin hogar", mientras que hoy se tiende a mencionarlo junto a Martin Walser y Botho Strauss, casi como miembro de la "Nueva Derecha".

Enzensberger: No sé por qué se ha creado esa "trinidad". No tenemos nada en común. Es una pura invención de los medios. Como la izquierda de muchos países, la izquierda alemana se halla en un estado de gran confusión y desorden. Otro factor es la existencia de los que podrían llamarse medios del ala izquierda, personas que jamás han sido militantes y que se limitaron a ir a remolque en 1968. En el clima de los años 80, se imaginaron que habían adquirido el monopolio de las ideas correctas. Entonces su mundo, su pacifismo, se derrumbó, y ahora tienen que salir de alguna forma de sus sentimientos de inseguridad. Además de ello, la izquierda fue siempre conocida por su cultivo del insulto, por el entusiasmo con que denunciaba desviaciones de cualquier género y por una paranoia que olisquea la traición en todas partes. Nada de esto me ha afectado personalmente. Nunca he sido políticamente correcto y no tengo intención de cambiar nada en este sentido.

Krzeminski: ¿Pero aceptó usted en los años 60 que le llamara de la "izquierda sin hogar"?

Enzensberger: Por supuesto. Era demasiado viejo para el movimiento estudiantil, de modo que no podía hacerme maoísta. Pero he seguido siendo un poquitín marxista hasta la actualidad. En mi caja de herramientas hay un destornillador etiquetado "Marx", y cuando tengo que sacar

un tornillo de cierto tamaño lo utilizo. ¿Para qué voy a utilizar las tenazas en su lugar? Pero ahora que ha planteado usted la cuestión, siempre me ha resultado jocosa la idea de que el marxismo pueda haber sido considerado como una receta para todo. Según mi forma de verlo, era sencillamente una forma de criticar las cosas. Todo el lado mesiánico del marxismo me fue siempre ajeno, quizá porque la religión no es mi baza fuerte.

Kapuscinski: Creo que esto pone en evidencia la diferencia fundamental entre Hans Magnus y yo, o, en términos más generales, entre la izquierda de Occidente y la de Oriente. En Occidente era cosa de elección, mientras que en el Este mi generación entera estaba ni más ni menos que atada a una sola ideología.

Enzensberger: Su caja de herramientas contenía un solo destornillador. *Kapuscinski:* Por eso fui a viajar por el tercer mundo a fin de describir la vida en él. Gracias a mis viajes he desarrollado un desagrado total hacia dos clases de descripciones. Primero, juzgar a una persona exclusivamente en función de si está en la derecha o en la izquierda, y segundo, juzgar a una persona de acuerdo con su nacionalidad. Ambos métodos de clasificación ocultan más de lo que revelan. Ambos son terriblemente reduccionistas y superficiales. Si alguien me dice que es un portugués de izquierda, no me dice nada acerca de sí mismo, porque sigo sin saber nada de las dos características que realmente cuentan: si es valioso como persona y qué clase de corazón tiene. O en términos más floridos: si es inteligente y si es un ser humano bueno. Estas son cualidades que no le interesan al policía fronterizo que extiende la mano para coger el pasaporte, la única cosa que le importa es qué pasaporte tiene uno, no si uno es un granuja o un genio. Y eso es lo que es tan humillante. *Enzensberger:* Bien dicho.